



Seix Barral Premio Biblioteca Breve 2024

Jesús Carrasco

Elogio de las manos





66 Premio Biblioteca Breve

El Premio Biblioteca Breve es uno de los momentos más ilusionantes del año en Seix Barral. De alguna manera simboliza muchos aspectos que amamos de nuestra profesión: el respeto por el trabajo de los autores, la pasión por la lectura y el entusiasmo contagioso del trabajo de todo el equipo humano involucrado en el proceso de selección, publicación y promoción del libro que llegará a las mejores librerías y, finalmente, a los lectores. Es un proyecto que vivimos con responsabilidad y alegría desde todas las sedes de la editorial en el ámbito de habla hispana, dado que un 40 por ciento de los 772 autores que concurren este año, número ligeramente superior al de la pasada convocatoria, ha participado desde el continente americano.

En esta edición se consolidan algunas tendencias. La más evidente es que el correo electrónico es ya la principal vía para presentar los manuscritos: de nuevo, casi un 98 por ciento, frente a un pequeño porcentaje de irreductibles que siguen enviando sus originales en papel. En cuanto a las temáticas, siguen dominando la autoficción, la novela policiaca o negra y las novelas familiares o que tratan de los conflictos entre padres e hijos. Pero merece una mención especial la abundancia de ejercicios metaliterarios que versan sobre la propia escritura o que hibridan diferentes géneros con el objetivo de que el lector transite entre la realidad y la ficción; la presencia de temas como las enfermedades mentales, el movimiento LGTBIQ+ y las distopías como forma de analizar el presente. La pandemia, tan lejana ya, aparece de forma secundaria en multitud de novelas.

El jurado del Premio Biblioteca Breve 2024 reconoce de forma unánime en su edición número 66 la novela *Elogio de las manos*, de Jesús Carrasco, por su luminosa celebración de una vida sencilla en estos tiempos de aceleración y falta de sentido, por su originalidad en tanto que parábola sobre la importancia del trabajo manual como origen último del arte, y por la riqueza de una prosa tan precisa como llena de emoción que, estamos seguros, hará las delicias de una gran variedad de lectores.

ELENA RAMÍREZ
Directora editorial

Premio Biblioteca Breve 2024
Acta del Jurado

Reunido el 10 de enero de 2024, el Jurado del Premio Biblioteca Breve correspondiente a 2024 integrado por las siguientes personas:

D. Rafael Arias
D. Pere Gimferrer
Dña. Lola Pons
Dña. Elena Ramírez
Dña. Rosario Villajos

ha acordado, después de las deliberaciones correspondientes, conceder por unanimidad el Premio Biblioteca Breve 2024, dotado con 30.000 euros, a la novela EL OMBRO DE LA MANO....., presentada bajo el lema *Elogio de las manos*, de JESÚS CABRILLO JARAÑILLO

D. Rafael Arias



Dña. Lola Pons



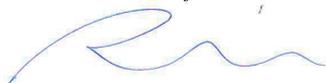
D. Pere Gimferrer



Dña. Elena Ramírez



Dña. Rosario Villajos



«Una novela curativa y luminosa que narra el proceso de restauración de una casa en el campo que termina redimiendo a la familia que la ocupa. Una hermosa parábola humana sobre la importancia del trabajo manual como origen último del arte. Una gran obra, y no solo un buen libro.»

Jurado del Premio
Biblioteca Breve
2024

Rafael Arias
Pere Gimferrer
Lola Pons
Elena Ramírez
Rosario Villajos



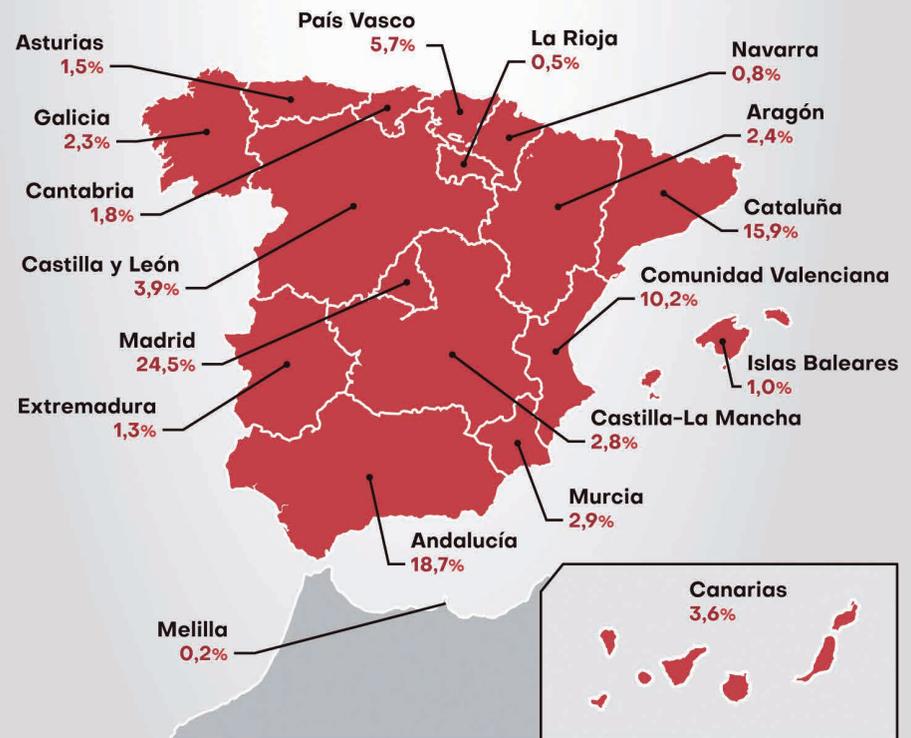
MANUSCRITOS PRESENTADOS



TEMÁTICAS



ESPAÑA, POR COMUNIDADES AUTÓNOMAS



«Una celebración de la vida, de la naturaleza,
del amor por la familia y los amigos.
Una novela tan extraordinaria como la
peripecia de sus protagonistas.»

 Seix Barral Premio Biblioteca Breve 2024

Jesús Carrasco

Elogio de las manos



A la venta el 6 de marzo de 2024

 Seix Barral

Cód.: 10341103 / ISBN: 978-84-322-4331-8 / 320 págs.
13,3 x 23 cm / Rústica con solapas / PVP: 20,90 €



Sinopsis

En el año 2011, el narrador de esta novela y su familia llegaron, de un modo azaroso, a una vivienda casi en ruinas situada en un pequeño pueblo del sur de España. Un acuerdo con el propietario les permitiría hacer uso de ella mientras él encontraba financiación para construir allí unos apartamentos. Era solo cuestión de tiempo que la casa fuera derribada. Sin embargo, durante los años siguientes, pasaron largos periodos en ella, reparándola con sus propias manos, transformándola en un acogedor lugar de encuentro y celebración.

Allí recibieron a vecinos y amigos; con ellos compartieron comida, música, trabajo y risa. Allí la familia llegó a convivir con una docena de gallinas, varios caballos y burros, dos perros y algún ratón. Nunca perdieron de vista que terminarían llegando las máquinas excavadoras, lo que convirtió la experiencia en aquella casa en una elocuente metáfora de la vida: nos entregamos a ella aun sabiendo que termina.

Elogio de las manos es una novela tan extraordinaria como la peripecia vital de sus protagonistas, una historia en la que cabe la aventura, la reflexión y el recuerdo. Con el talento literario y expresivo que le caracterizan, Jesús Carrasco logra que la vida se cuele entre sus páginas, demostrando que la profundidad no está reñida con la ligereza y que ambas pueden iluminar un libro inolvidable.

Las claves de Elogio de las manos

Una novela sobre una experiencia inesperada que cambiará para siempre la vida de una familia

En 2010, casi por casualidad, el narrador de esta novela se encontró en una situación inesperada que terminaría cambiando su vida. Ignacio, un conocido de la familia y promotor inmobiliario, había adquirido tiempo atrás una parcela de tres hectáreas y una casa en un pueblo de la costa andaluza con la idea de derribarla y construir modernos apartamentos. Un negocio redondo. Por desgracia para Ignacio, la quiebra de Lehman Brothers dejó su plan en suspenso y la vivienda vacía, así que accedió a que Juanlu, cuñado del narrador, y su familia dispusieran de la casa mientras encontraba un mejor momento para relanzar su proyecto inmobiliario. El plan era sencillo: dejarse caer por allí algunos fines de semana, durante el verano o en las vacaciones de Semana Santa, montar en bicicleta, pasar tiempo con amigos, celebrar alguna comida y, en definitiva, insuflar algo de vida a aquella vivienda que tenía los días contados, lo que garantizaba que la casa se mantuviera en buenas condiciones hasta que se resolviera su demolición.

Menos de un año después, en la primavera de 2011, el narrador, su mujer Anaïs, que entonces estaba embarazada de su segunda hija, y Marie, la pequeña de la familia, llegaron por primera vez al pueblo. Y para su sorpresa, se encontraron con un panorama desolador: un patio delantero tomado por malas hierbas, losas rotas y un ejército de hormigas les daba la bienvenida a una casa que tenía el aspecto de llevar años abandonada. Aquella extrañeza inicial nada tenía que ver con la relación tan especial que la familia establecería con la casa. Poco a poco, y a lo largo de los años siguientes, vivirían momentos inolvidables entre sus paredes y, de la misma forma que, cada vez que pasaban una temporada en ella aprovechaban para acometer alguna mejora o reforma, la casa también dejaría una profunda huella en ellos. «Aquellos pocos meses terminaron siendo diez años en los que, a pesar de lo mucho que trabajamos para mejorar la casa, fuimos nosotros los que verdaderamente nos transformamos», recuerda el narrador.

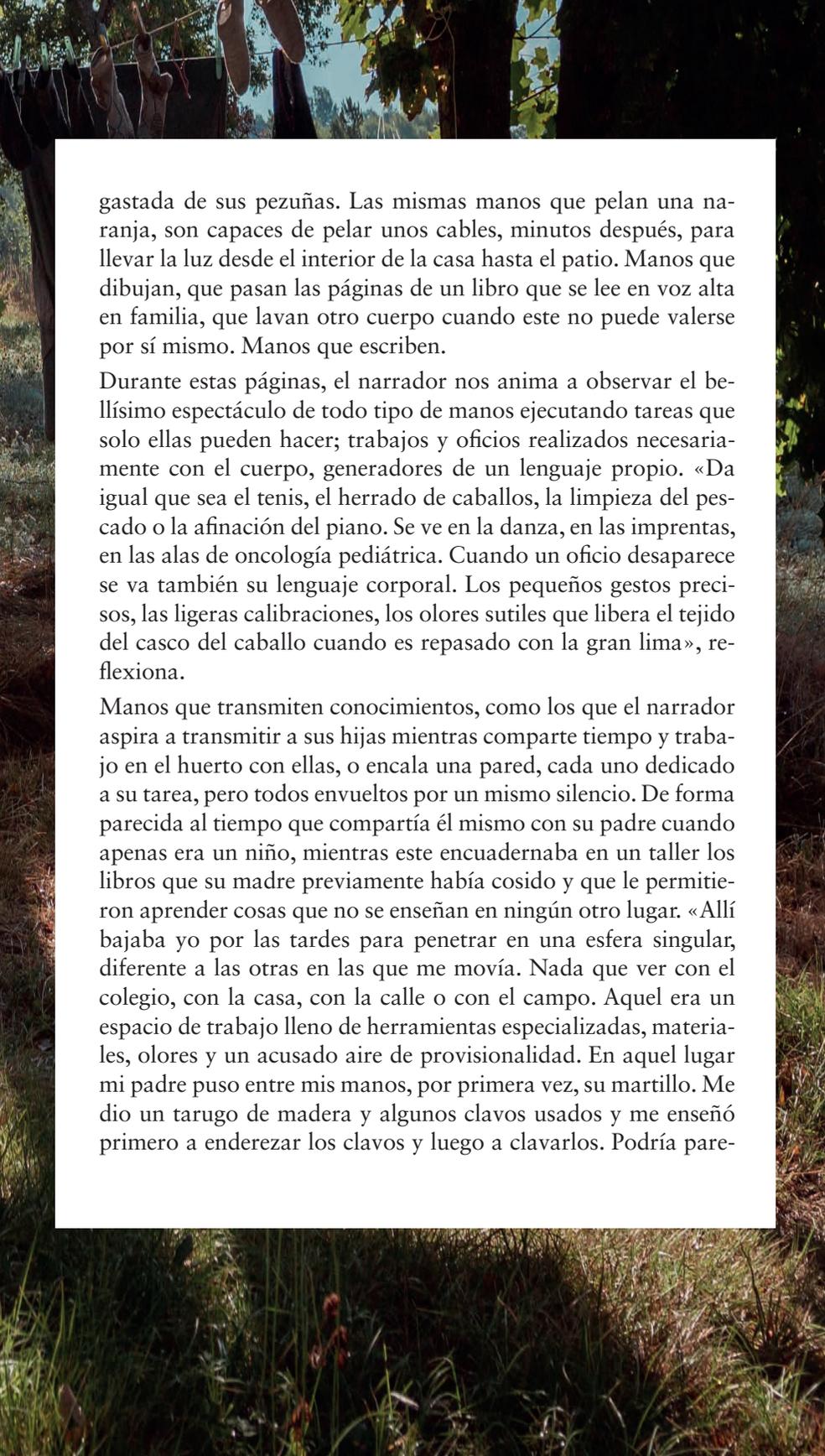
La casa como metáfora de la vida y como forma de vida

La casa se convierte así en el gran escenario de esta novela y en uno de sus protagonistas principales. Cualquiera hubiera optado por no dedicar tiempo y esfuerzo en reparar algo que está destinado a desaparecer, pero la familia entrega su cuidado a la casa hasta convertirla en un hogar abierto al mundo, y con ello generan un apego que bien puede llamarse amor por un lugar que no les pertenece. Frente al ritmo frenético y las exigencias inmediatas del día a día en una gran ciudad, en aquella casa emerge la celebración de una vida sencilla pero sólida, que da valor al tiempo compartido frente a la individualidad. Cada uno a su manera, aprenderá a enfrentarse a la incertidumbre y a la pérdida viviendo en aquel pequeño paraíso cada momento como si fuera el último.

Lo que aquella vieja casa les enseña, sobre todo, es a transformar su entorno con lo que tienen a mano, a vivir plenamente y sin miedo a equivocarse. «La alegría plena solo se puede dar en ausencia total de miedo», afirma el narrador en un momento dado. «Lo contrario de la vida no es la muerte, sino el miedo», dice en otro. Jesús Carrasco hace suya de esta forma una frase de Gabriel García Márquez que, en una conversación con un amigo, el periodista y escritor Plinio Apuleyo Mendoza, al preguntarle qué hacía cuando perdía la inspiración durante la escritura de un libro, le contestaba: «Entonces vuelvo a reconsiderar todo desde el principio. Son las épocas en que compongo con un destornillador las cerraduras y los enchufes de la casa, y pinto las puertas de verde, porque el trabajo manual ayuda a veces a vencer el miedo a la realidad».

Un hermoso homenaje al trabajo manual y a los valores que se transmiten de padres a hijos

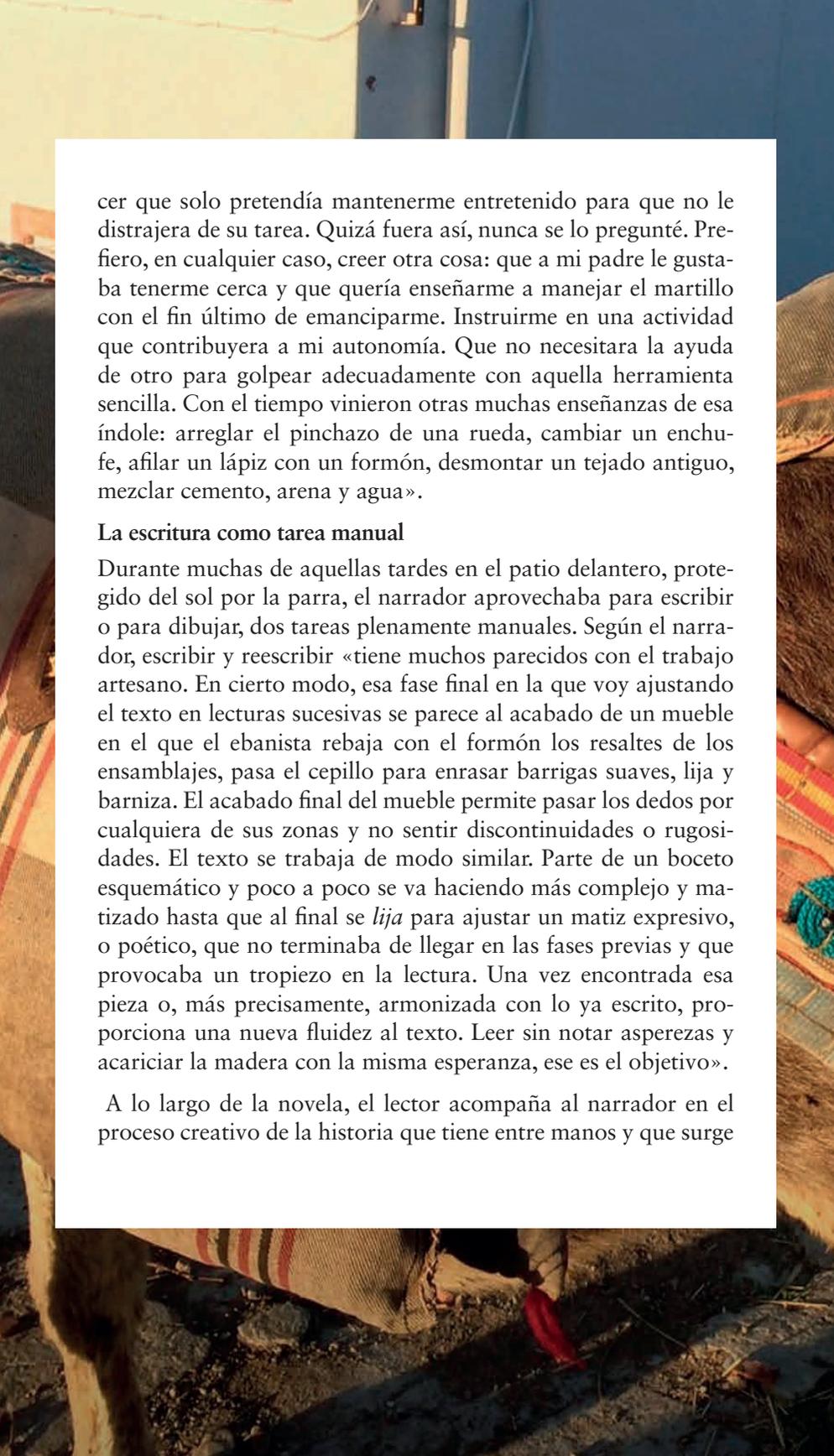
Manos que construyen y que reparan: que liján, que apuntalan, que sueldan. Manos que cuidan, que peinan, que visten, que cocinan. Manos que tocan la guitarra entre amigos y que visten una cama con ropa limpia para acoger a una visita. Manos que ponen la mesa, que tejen una manta, que recogen los tomates del huerto y que acarician la frente del caballo tras cambiar la herradura



gastada de sus pezuñas. Las mismas manos que pelan una naranja, son capaces de pelar unos cables, minutos después, para llevar la luz desde el interior de la casa hasta el patio. Manos que dibujan, que pasan las páginas de un libro que se lee en voz alta en familia, que lavan otro cuerpo cuando este no puede valerse por sí mismo. Manos que escriben.

Durante estas páginas, el narrador nos anima a observar el bellísimo espectáculo de todo tipo de manos ejecutando tareas que solo ellas pueden hacer; trabajos y oficios realizados necesariamente con el cuerpo, generadores de un lenguaje propio. «Da igual que sea el tenis, el herrado de caballos, la limpieza del pescado o la afinación del piano. Se ve en la danza, en las imprentas, en las alas de oncología pediátrica. Cuando un oficio desaparece se va también su lenguaje corporal. Los pequeños gestos precisos, las ligeras calibraciones, los olores sutiles que libera el tejido del casco del caballo cuando es repasado con la gran lima», reflexiona.

Manos que transmiten conocimientos, como los que el narrador aspira a transmitir a sus hijas mientras comparte tiempo y trabajo en el huerto con ellas, o encala una pared, cada uno dedicado a su tarea, pero todos envueltos por un mismo silencio. De forma parecida al tiempo que compartía él mismo con su padre cuando apenas era un niño, mientras este encuadernaba en un taller los libros que su madre previamente había cosido y que le permitieron aprender cosas que no se enseñan en ningún otro lugar. «Allí bajaba yo por las tardes para penetrar en una esfera singular, diferente a las otras en las que me movía. Nada que ver con el colegio, con la casa, con la calle o con el campo. Aquel era un espacio de trabajo lleno de herramientas especializadas, materiales, olores y un acusado aire de provisionalidad. En aquel lugar mi padre puso entre mis manos, por primera vez, su martillo. Me dio un tarugo de madera y algunos clavos usados y me enseñó primero a enderezar los clavos y luego a clavarlos. Podría pare-



cer que solo pretendía mantenerme entretenido para que no le distrajera de su tarea. Quizá fuera así, nunca se lo pregunté. Prefero, en cualquier caso, crear otra cosa: que a mi padre le gustaba tenerme cerca y que quería enseñarme a manejar el martillo con el fin último de emanciparme. Instruirme en una actividad que contribuyera a mi autonomía. Que no necesitara la ayuda de otro para golpear adecuadamente con aquella herramienta sencilla. Con el tiempo vinieron otras muchas enseñanzas de esa índole: arreglar el pinchazo de una rueda, cambiar un enchufe, afilar un lápiz con un formón, desmontar un tejado antiguo, mezclar cemento, arena y agua».

La escritura como tarea manual

Durante muchas de aquellas tardes en el patio delantero, protegido del sol por la parra, el narrador aprovechaba para escribir o para dibujar, dos tareas plenamente manuales. Según el narrador, escribir y reescribir «tiene muchos parecidos con el trabajo artesano. En cierto modo, esa fase final en la que voy ajustando el texto en lecturas sucesivas se parece al acabado de un mueble en el que el ebanista rebaja con el formón los resaltes de los ensamblajes, pasa el cepillo para enrasar barrigas suaves, lija y barniza. El acabado final del mueble permite pasar los dedos por cualquiera de sus zonas y no sentir discontinuidades o rugosidades. El texto se trabaja de modo similar. Parte de un boceto esquemático y poco a poco se va haciendo más complejo y matizado hasta que al final se *lija* para ajustar un matiz expresivo, o poético, que no terminaba de llegar en las fases previas y que provocaba un tropiezo en la lectura. Una vez encontrada esa pieza o, más precisamente, armonizada con lo ya escrito, proporciona una nueva fluidez al texto. Leer sin notar asperezas y acariciar la madera con la misma esperanza, ese es el objetivo».

A lo largo de la novela, el lector acompaña al narrador en el proceso creativo de la historia que tiene entre manos y que surge

en paralelo con la nueva vida que la casa les brinda: cómo nace la idea del libro, la acumulación de notas dispersas, la serendipia de vivencias y de recuerdos que forjan una intención argumental, la emoción y el pudor de sumergirse en una historia familiar, el humor consustancial al narrador, la necesidad de un cuarto propio, el tesón requerido para culminar el proceso de escritura. Y así, lo que empezó siendo un elogio de las manos, terminó siendo mucho más, «un elogio del juego, del recreo, de los aprendizajes sutiles, del placer, del verano, del aire libre, de la naturaleza, de la humanidad, del amor por mi familia y nuestros amigos».

Un lugar de encuentro, un sitio donde compartir

Durante esos años, amigos y familiares llenaron de vida la casa con su presencia a lo largo de fines de semana, noches de verano y largas sobremesas bajo la parra del patio delantero, mientras cocinaban arroces o preparaban barbacoas y ayudaban con sus manos y su esfuerzo a que aquel lugar fuera un sitio mejor.

Además de ellos, otros habitantes del pueblo terminaron por convertirse en presencias habituales. Como Bones, al que bautizaron así por su parecido con el personaje de *La Isla del Tesoro*, que acostumbraba a amarrar su caballo Pérez frente a la casa, mientras el narrador escribía (o trataba de escribir) en el patio delantero. Un hombre rudo, que había sido arriero de profesión y que conocía cada árbol y cada paso de arroyo, dueño de una peligrosa cicatriz en el cuello, del que aprendieron a ensillar y montar caballos y mulas. O como Manuel y Rafaela, los vecinos de la casa de enfrente, que les dejaban una bolsita sobre la mesa del patio con huevos, tomates, calabacines, cebollas y ajos, además de algo de leña antes de alguna de las visitas de la familia en pleno invierno, y con quienes siempre tenían un tema de conversación que parecía inagotable: el viento. «Durante los siguientes años el viento siempre sería el segundo tema de conversación una vez preguntados por el estado de salud de cada cual. Empezaríamos a familiarizarnos con los partes meteorológicos que cada habitante del pueblo se componía. Manuel y Rafaela nos

informarían de cuánto tiempo y con qué fuerza llevaría el viento soplando antes de nuestras llegadas y cómo serían, según ellos, los días que tendríamos por delante. No emplearían conceptos como *bajas presiones* o *masa de aire en altura*. Una racha de setenta kilómetros por hora sería un aire que se lleva los gatos. Dirían *qué jartura*, después de dos semanas de levante, y *qué fresquito*, cuando el viento de poniente trajera hasta el pueblo la humedad del mar. Manuel solía decir, *dan agua esta semana*, y añadía *80 litros*. O 100 o 200. Y luego valoraba qué consecuencia tendría esa cantidad de precipitación en el paisaje, en la sierra, en el pantano, en la huerta, en el bienestar del pueblo».

Frente al estereotipo del pueblo como un espacio de relaciones vigilantes y cerradas, el protagonista de esta novela destaca «el tejido comunitario; la red de personas que se auxilian y comparten; los pequeños gestos cotidianos, los saludos por la calle o en la tienda; los recados que unos les hacen a otros» propios de los pueblos. Da igual que sea domingo, festivo, que llueva o que truene: si uno necesita ayuda para llevar a un familiar a urgencias, cambiar una rueda del coche o cargar con la compra, siempre hay un par de manos dispuestas a hacerlo.

Mi familia y otros animales

«Aparte de Pérez y algunos ratones, hasta 2015 apenas hubo animales en la casa. Vertebrados, se entiende. Ese verano llegaron otros animales a los que no esperábamos. El primero fue un perro al que Juanlu llamó Chocolate, tal era el color de su pelaje». En la tradición de libros como *Mi familia y otros animales*, de Gerald Durrell, la ternura de la mirada del narrador se posa con especial atención en los animales y en la relación que establece la familia con ellos. Chocolate acabaría campando a sus anchas entre ellos, como las gallinas que Juanlu llevó casi al principio de entrar en la casa: una docena, de diferentes especies, para las cuales «decidimos que esta vez no haríamos un apaño sino que construiríamos un gallinero en condiciones para que los animales tuvieran abrigo y buena vida». Lo primero que hacían



las niñas cada mañana al despertarse era ir a los ponederos en busca de huevos. «Cuando los encontraban, regresaban a la casa exultantes, con legañas todavía en los ojos, para mostrarnos los pequeños tesoros, algunos todavía calientes».

Pero si hay un animal que logró conquistar el corazón del narrador, Anaïs y las niñas durante estos años fue Beleña, una vieja burra que se convirtió, por méritos propios, en un miembro más de la familia. Juanlu y él fueron a por ella a un pueblo blanco en un altiplano, donde su dueño, que se encargaba de acoger burros que nadie quería, los informó de que «ya había superado la edad de trabajar pero a la que aún le quedaban unos años de buena vida». Dentro de un cercado, junto a otros animales, la vieron: «Allí, como una niña solitaria en un recreo, estaba Beleña, a su aire, como la veríamos tantas veces en el futuro». El narrador recuerda: «Le pasé la mano por el pelaje recio, garrapatas y costuras secas de sangre allí donde se había herido. Beleña era la impugnación misma de Platero: ni era pequeña, ni peluda, ni suave. Tampoco era blanda por fuera ni parecía de algodón. A su edad, los tejidos también se le habían ido descolgando, haciendo que la percha ósea aflorara. En los cuartos traseros despuntaban las espinas de su gran pelvis. Su cuero parecía la lona de un circo de provincias. El dorso se arqueaba hacia el suelo lastrado por la panza, la única redondez de su anatomía. También la cruz se le notaba más de lo normal. Su cabeza era enorme, desproporcionada. Tenía las orejas tiesas y los ojos cubiertos por una membrana turbia». Convirtieron los terrenos traseros de la casa en un hogar para ella, donde tuviera abrigo del frío y la lluvia, y la sacaban a pasear casi cada tarde, para alegría de las niñas, que la montaban entre risas. Iban con ella a la montaña o se acercaban a la playa. La alimentaban con sus propias manos, acariciaban sus crines y el cuello recio. Y así la vieja Beleña se convirtió en una burra feliz. «Se movía a sus anchas por la parte trasera de la casa y acudía a nuestra llamada como un perrillo».

Esa relación con Beleña, «el gran animal de la casa», les hizo abrir las puertas a otros visitantes inesperados, como la perra

Manola, que apreció un día de junio y que enseguida entabló buena relación con Chocolate. A veces, la experiencia con animales trajo dolorosas lecciones para las niñas, como cuando, en medio de la noche, alarmados por un gemido fuera de la casa, rescataron a dos pequeños gatitos apenas recién nacidos que, pese a alimentarlos con sus propias manos, no consiguieron sobrevivir más que unas horas. Partidario de no sobreproteger a los niños, el narrador optó por que aprendieran que, si bien el dolor y la decepción no son deseables, «no hay vida digna ni autónoma sin esas experiencias».

Un regalo para el alma en un mundo obsesionado con lo material

Cuando finalmente la familia recibe la noticia de que la casa será derribada, y de que apenas tienen dos semanas para recoger sus pertenencias, el narrador solo puede pensar en todo lo que no volverán a hacer y no puede evitar venirse abajo: aquello solo puede verlo como una injusticia, después de tanto esfuerzo, de tanto trabajo, de tantos sueños puestos entre aquellas paredes. Sin embargo, es Anaïs quien consigue hacerle ver que, lejos de sentir tristeza por lo perdido, el tiempo en aquella casa había sido un regalo. Y como tal, debían estar agradecidos. Lo importante no era «la materialidad del lugar, del trabajo, de la reja y los enchufes», no era la propiedad ni las seguridades a las que confiamos la vida diaria. Era todo lo vivido.

«Recordé las cenas solos o con amigos, bajo la parra. La tibieza de las noches de agosto, los olores de hierba seca que el viento traía y los cantos de las cigarras y los grillos. Los farolillos de papel que Anaïs compró, colgando del emparrado, vertiendo una luz cálida y tenue sobre los tomates aliñados y las berenjenas fritas, dándoles a las noches en el patio un aire de Feria de Abril. Las risas de unos y de otros, los niños descalzos, las manzanillas frescas y vivas de Sanlúcar. La arena de la playa todavía en los pies, las toallas colgadas del tendedero, la albahaca creciendo en el arriate, perfumando nuestros guisos».

JESÚS CARRASCO

Nació en Olivenza (Badajoz) en 1972. Su primera novela, *Intemperie* (Seix Barral, 2013), lo consagró como uno de los debuts más deslumbrantes del panorama literario internacional y fue galardonada con el Premio Libro del Año otorgado por el Gremio de Libreros de Madrid, el de Cultura, Arte y Literatura de la Fundación de Estudios Rurales, el English PEN Award y el Prix Ulysse a la Mejor Primera Novela. Quedó finalista del Premio de Literatura Europea en Holanda y del Prix Méditerranée Étranger en Francia. Elegida como Libro del Año por *El País* en 2013 y seleccionada por *The Independent* como una de las mejores novelas traducidas de 2014 en Reino Unido, *Intemperie* ha sido publicada en veintiocho lenguas y ha sido adaptada al cine por Benito Zambrano. Su segunda novela, *La tierra que pisamos* (Seix Barral, 2016), fue galardonada con el Premio de Literatura de la Unión Europea. Su siguiente libro, *Llévame a casa* (Seix Barral, 2021), ganó el XVII Premio Dulce Chacón de Narrativa Española y el Premio Casino de Santiago. *Elogio de las manos* (Seix Barral, 2024) es su última novela.

Entrevista

La historia de la literatura está llena de homenajes y elogios a asuntos de lo más variado. ¿Cómo nace la idea de dedicarle un libro entero a las manos? ¿Por qué las manos son tan importantes?

A las manos podría dedicarle una docena de libros porque es un tema con muchas implicaciones y derivadas. Son la parte del cuerpo que nos permite operar sobre el mundo. Sin manos no habría escritura, ni bisontes en Altamira, ni artesanía, ni fuerza de trabajo, ni proletariado, ni capitalismo, ni revolución industrial ni descubrimiento de América. Para mí son importantes porque soy consciente de esa presencia en la historia y, más personalmente, porque fueron una parte central de mi formación como ser humano. Mi padre y mi madre eran, entre otras cosas, trabajadores manuales. Así que la idea no sé si surge en un momento o estaba tan dentro de mí que de una u otra forma tenía que salir en forma de libro.

¿Y cómo surge el título?

El título, en este caso, estaba antes siquiera de empezar a escribir. Mi percepción de la importancia de las manos y mi experiencia con ellas me obligaba a una alabanza. Por suerte, lo digo en el libro, yo no he tenido que ser esclavo de mis manos. No he tenido que verme obligado a trabajar con ellas para subsistir como los niños que por miles tuvieron que trabajar en las fábricas de la revolución industrial o los que, a día de hoy, siguen trabajando en minas, talleres y aceras de muchos países del mundo. Mi experiencia con las manos es feliz, recreativa y emancipadora.

Pero este es mucho más que un libro sobre las manos. Según el narrador, hay en estas páginas, entre otras cosas, «un elogio del juego, del recreo, de los aprendizajes sutiles, del placer, del verano, del aire libre, de la naturaleza, de la humanidad, del amor por mi familia y nuestros amigos». Se podría decir que es una celebración de la vida.

También hay un elogio del error, además de todas esas vivencias que comentas. Elogiar implica mirar a lo elogiado con amor. Y amar es, en mi experiencia, la emoción que mejor se identifica con la vida humana. El libro es una celebración de la vida en tanto que la vida es para mí, sobre todo, una suma de esas pequeñas experiencias cotidianas. Las cuatro o

cinco cosas con las que resumiremos nuestro paso por el mundo serán íntimas y quizá inexplicables para los demás, como Rosebund, el trineo de Kane en la película de Orson Welles.

A pesar de narrar una experiencia personal real, elegiste acercarte a la escritura desde el género de la novela. En ese sentido, ¿qué te ha permitido la ficción a la hora de escribir una vivencia tan trascendental?

El origen del libro es una indagación ensayística. Pretendía, en cierto modo, objetivar mi valoración subjetiva de las manos. Quería averiguar qué ha dicho la filosofía, la anatomía, la sociología, la historia del arte o la medicina sobre las manos para confirmar que mi intuición acerca de su importancia crucial era cierta. Quería, en definitiva, validar una hipótesis. Pero me di cuenta de que ese no era mi terreno cuando, sin darme cuenta, fui a echar mano de las herramientas que utilizo como autor de ficción y no estaban. Tenía que ser fiel a los hechos, a lo ya escrito por otros, a mi propia experiencia. Y eso me limitaba o, quizá, eran mis limitaciones en ese terreno las que me impedían avanzar. Así que le entreabrí la puerta a la ficción, con alguna concesión sencilla: cambiarle el nombre a un personaje real, por ejemplo. Y cuando le abres la puerta a la ficción, ya no hay manera de cerrarla. Así, con el paso de los meses, el libro se fue transformando en una novela. Y me gusta que haya sido así.

Es la primera vez que escribes una novela desde la primera persona. ¿Era imposible contar esta historia desde otro punto de vista? ¿Cómo ha sido esta experiencia como escritor?

En literatura todo es posible. Pero hay recursos más o menos apropiados para cada narración. En este caso, la primera persona me parecía casi obligatoria porque la experiencia que cuento está muy dentro de mí. Mi esperanza es que el lector pueda meterse dentro de la voz del narrador y sentir que esa primera persona es suya. La experiencia ha sido intensa y llena de vicisitudes porque no soy dado a abordar públicamente mi intimidad. Pero llega un momento en que el pudor te impide profundizar y corres el riesgo de quedarte en la superficie de todo. La clave, en mi opinión, está en ser capaz de mirar a lo íntimo sin exhibirlo. El artefacto funciona si quien interpreta el texto como lector reconoce esa intimidad como propia. Se produce entonces un diálogo

en ese nivel entre autor y lector. Ambos protegidos de la mirada o el juicio de los otros.

¿Es tu libro más personal?

Sí, desde luego que es mi libro más personal. Lo que sucede es que esa intimidad que narro está codificada. Solo mis seres queridos sabrán decodificar el libro entero. A los lectores no les diré que parte es real y qué parte ficticia. No me haría bien ni a mí ni a ellos, me temo.

Elogio de las manos trata grandes temas universales como la muerte, el amor, la educación o el paso del tiempo, pero lo hace con humor, ternura y ligereza sin perder un ápice de profundidad. ¿Cómo se consigue este difícil equilibrio?

Con tiempo y trabajo. Tiempo para observar con calma lo que la vida te propone, para pensar en esas vivencias, para escuchar a otros y para leer. Acceder a la dimensión profunda de las cosas suele ser un trabajo lento y que requiere esfuerzo.

Este es también un libro sobre una casa y la casa es escenario y uno de los grandes protagonistas de la novela. ¿Qué puedes contarnos sobre ella y su papel en la historia?

Todo transcurre alrededor de la casa. Es el espacio natural de la vida cotidiana y, también, un lugar propicio para encontrarse con otros: amigos, familiares, vecinos, animales. En tanto que punto de encuentro, la casa condiciona también el tipo de experiencia que se narra en el libro. No hay explosiones, ni misterios esotéricos, ni tiroteos. Hay gente que cocina, que limpia el baño, que arregla la parra, que juega al parchís, que lee. Ese tipo de cosas que le suceden a todo el mundo todos los días. La casa, además, tiene su propia historia. Para empezar, no es de nuestra propiedad, aunque la hayamos habitado. Desde el primer día sabemos que la van a derribar así que todas esas pequeñas experiencias diarias se ven condicionadas por el hecho de que no se proyectarán hacia el futuro. La casa caerá igual que la vida termina. Sin más.

En la novela, hay una vinculación explícita entre tareas como la escritura o el dibujo con los oficios manuales. ¿Podrías profundizar en esa idea del narrador de que escribir tiene mucho de trabajo artesano?

Dice Richard Sennett que la artesanía es el deseo de hacer bien una tarea, sin más. Y añade que ese impulso no se queda en el trabajo manual especializado, sino que se expande y lo mismo sirve para un programador informático que para el ejercicio de la paternidad. Y de la escritora, añado yo. Mi experiencia con la escritura es nítidamente artesanal porque mi impulso es hacer bien mi trabajo. Pero, al margen de esta aproximación general, hay procesos en la escritura que son idénticos, por ejemplo, a la carpintería. Solo cambia el material con el que se trabaja. Se termina un mueble suavizando la superficie con lijas cada vez más finas y se concluye un libro puliendo cada palabra, cada coma, del mismo modo.

Quizá la apuesta más radical del libro es la invitación a asumir la temporalidad de las cosas y a sentirnos cómodos con la posibilidad de la finitud. En un mundo obsesionado por la utilidad del trabajo, en el que es más fácil cambiar las cosas que arreglarlas y en el que lo inmediato es un valor añadido, defiendes firmemente la lentitud, el aprendizaje, disfrutar de lo fugaz. Incluso el fracaso.

Así es. Defiendo la lentitud y el fracaso como partes esenciales de la vida. También el juego, la risa y la alegría. Lo fugaz puede proporcionarme un placer rápido, pero difícilmente me ofrecerá una oportunidad para la trascendencia, una idea que, tal y como yo la veo, no es grave ni sesuda. Trascendente es darte cuenta de que eres incapaz de medir el amor por tus hijos, por ejemplo. Eso puede suceder antes de acostarse, mientras te tomas un yogur en la cocina vacía.

Además de las manos que crean y las manos que trabajan, este es un libro donde las manos cuidan. Cuidan a los animales, cuidan a los vecinos, cuidan a nuestros mayores cuando no se pueden valer por sí mismos. ¿Qué te ha enseñado esta experiencia en este sentido?

Que cuidar conscientemente es algo que, por sí solo, otorga sentido a la vida. Es una idea lo suficientemente fuerte y profunda como para usarla de brújula desde el primer al último día. Hay otras muchas brújulas, claro que sí.

El narrador también cree en una relación entre padres e hijos basada en la confianza y en la necesidad de que ellos experimenten la vida,

con su lado amargo incluido, para poder conocerla. Esto es algo que suena realmente a contracorriente en la actual tendencia a la sobreprotección de la infancia. ¿Qué crees que pudo enseñarles la casa a las más pequeñas?

Lo dice el narrador en algún momento. La casa es un espacio liberado de las leyes que rigen habitualmente en la familia. Allí se pueden hacer cosas que no se hacen en la vida diaria. Las niñas buscan huevos en el gallinero, sienten la pestilencia, pasan por encima de los excrementos y del grano que los animales han tirado por el suelo. En el pueblo se pierden por los riscos, vuelven con moras y brechas, se acaloran, se aburren, sienten el bochorno en verano y la humedad helada del invierno. Y también ven cómo entran y salen unos y otros. Personas que habitualmente no pasan por nuestra casa en la ciudad. Hay quien dibuja con ellas, quien les canta, quien juega, quien las pasea en burro. Escuchan palos flamencos raros y palabras que no forman parte de su realidad. Ven cómo alguien le quita una garrapata al caballo y la aplasta con los dedos. Esas personas que salen y entran de la casa les aportan lo que nosotros no podremos darles. Además, esos otros ejemplos de vida ayudan a corregir aquello que como padres no hacemos bien.

El miedo emerge en la novela en varios momentos como otro de los grandes temas. Dice el narrador, «la alegría plena solo se puede dar en ausencia total de miedo» y «lo contrario de la vida no es la muerte, sino el miedo». ¿Es esta, también, una novela sobre aprender a superar el miedo?

Es una novela en la que los personajes experimentan miedos diversos porque están vivos. Su lucha por hacer que ese miedo no ahogue sus ganas de vivir es mi lucha. También el miedo es parte de la vida. Es, de hecho, una salvaguarda contra el peligro. El problema viene cuando sentimos miedo sin que se acerque ningún peligro.

El préstamo de una casa en declive en el campo y su restauración por parte de la familia es una experiencia insólita, pero verdadera, que invita a pensar en un clásico como *Mi familia y otros animales*. ¿Te sientes reflejado en ese libro?

Es un libro que me gusta mucho y que tiene ciertos parentescos con *Elogio de las manos*. Durrell también sitúa la casa en el centro de la vida.

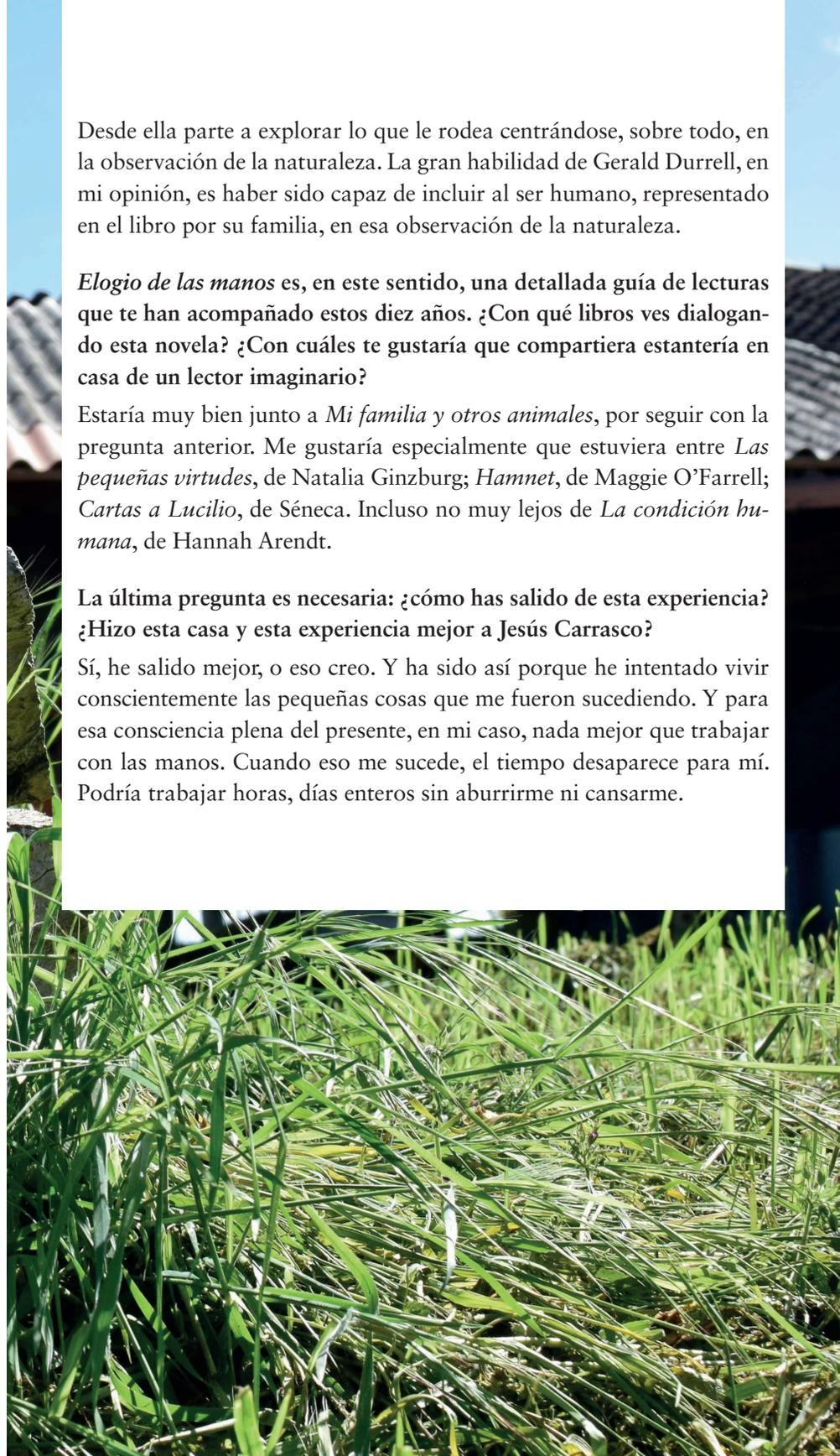
Desde ella parte a explorar lo que le rodea centrándose, sobre todo, en la observación de la naturaleza. La gran habilidad de Gerald Durrell, en mi opinión, es haber sido capaz de incluir al ser humano, representado en el libro por su familia, en esa observación de la naturaleza.

Elogio de las manos es, en este sentido, una detallada guía de lecturas que te han acompañado estos diez años. ¿Con qué libros ves dialogando esta novela? ¿Con cuáles te gustaría que compartiera estantería en casa de un lector imaginario?

Estaría muy bien junto a *Mi familia y otros animales*, por seguir con la pregunta anterior. Me gustaría especialmente que estuviera entre *Las pequeñas virtudes*, de Natalia Ginzburg; *Hamnet*, de Maggie O'Farrell; *Cartas a Lucilio*, de Séneca. Incluso no muy lejos de *La condición humana*, de Hannah Arendt.

La última pregunta es necesaria: ¿cómo has salido de esta experiencia? ¿Hizo esta casa y esta experiencia mejor a Jesús Carrasco?

Sí, he salido mejor, o eso creo. Y ha sido así porque he intentado vivir conscientemente las pequeñas cosas que me fueron sucediendo. Y para esa consciencia plena del presente, en mi caso, nada mejor que trabajar con las manos. Cuando eso me sucede, el tiempo desaparece para mí. Podría trabajar horas, días enteros sin aburrirme ni cansarme.





Primeras páginas

1

La mañana en que pusimos un pie por primera vez en aquella casa ya sabíamos que la iban a derribar. Era solo cuestión de unos pocos meses, un año, a lo sumo: el tiempo que tardara el propietario en gestionar los permisos y reunir el dinero necesario para construir varios apartamentos en el terreno en el que se levantaba aquella vivienda, abandonada tantos años atrás. Que aquel lugar terminara siendo una parte importante de mi vida, casi una extensión de mi cuerpo, es algo cuya responsabilidad solo puedo atribuirme a mí mismo. Porque fui yo, sin que nadie me obligara, el que le entregué a la casa una parte sustancial de lo que soy: mis manos.

Allí trabajé de principio a fin, en los días cálidos de verano y en los húmedos del otoño. La mayor parte de las veces, sin saber bien cómo hacer lo que me proponía. Junto con Juanlu derribé el tabique de la cocina, tapé innumerables grietas y cerré el paso al agua que se filtraba desde la azotea. Y cuando las goteras mancharon de nuevo los techos, volvimos a repararlas. Juntos despejamos de hierbas el corral pequeño y en su lugar creció un montón de chatarra. En ese corral improvisaríamos más tarde una especie de tenderete para que Beleña, la única burra que había en la casa por entonces, se protegiera de la lluvia. Y después, en el mismo lugar en el que estuvo el tenderete, yo construí una escalera con los restos de un andamio para que las niñas pudieran subir al gallinero, que también nosotros levantaríamos. Y recondujimos la parra del patio delantero, que llevaba tantos años desatendida que había arrancado de la pared los alambres con los que la habían guiado los primeros moradores. Un tiempo después aprovecharíamos una vieja

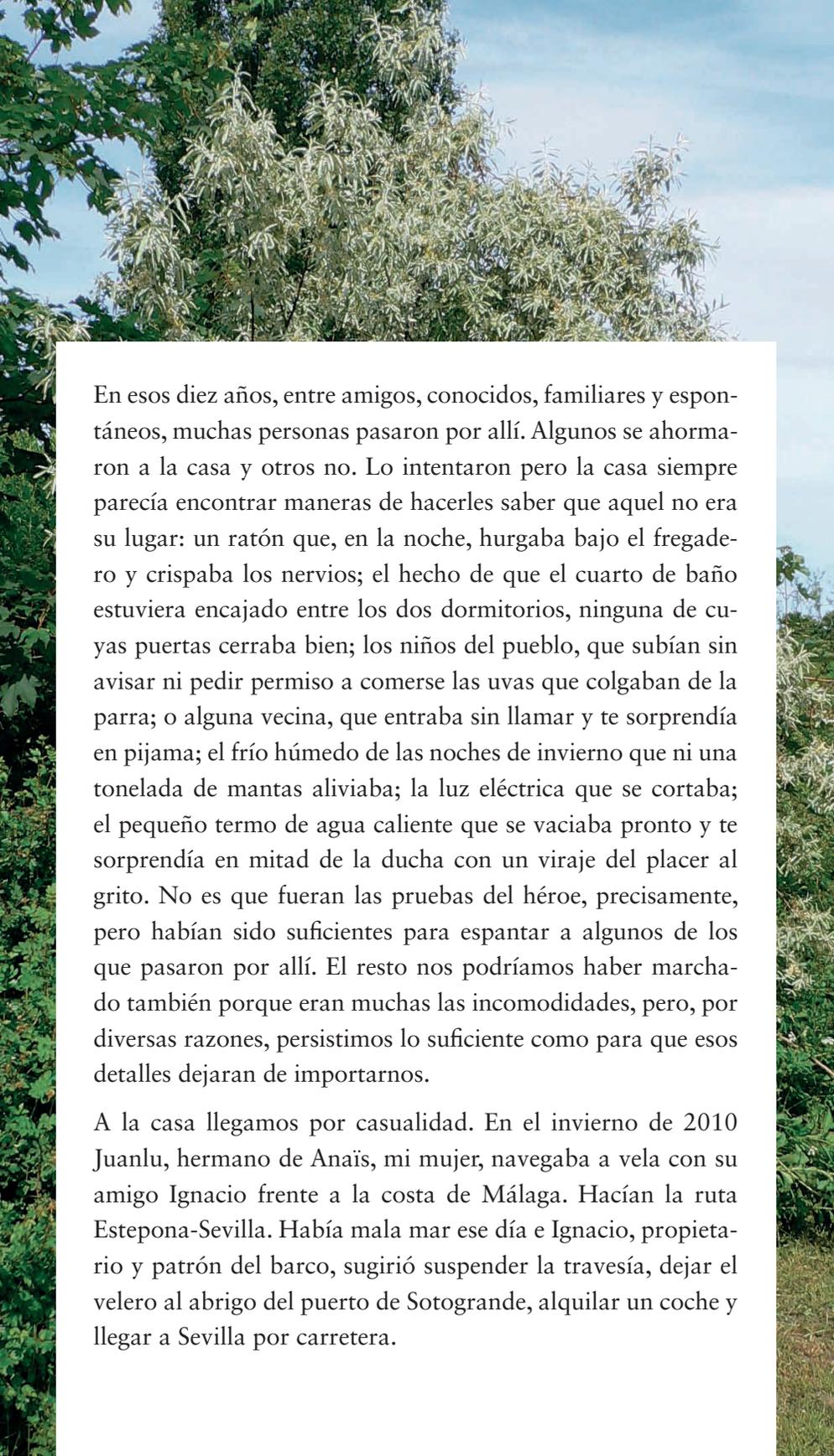


pérgola de hierro para extender la sombra de la parra, como una visera, sobre la puerta de acceso a la vivienda. Y todavía más tarde, a punto ya de marcharnos para siempre, reemplazaríamos esa estructura por un emparrado nuevo.

Visto ahora que el tiempo ha pasado, quizá fue esa primera mejora del emparrado la que marcó el punto de inflexión a partir del cual la casa empezó a importarnos al conectar armoniosamente lo interior con lo exterior. Porque ni aquella mañana en que llegamos, ni tampoco en los meses siguientes, la casa nos importó demasiado. Era tal su deterioro que parecía imposible que llegáramos a sentirnos cómodos allí. Saber, además, que pronto sería derribada no ayudaba a que nos comprometiéramos con ella. ¿Qué pasó, entonces? ¿Qué nos llevó a trabajar tanto por algo que sabíamos que terminaría más pronto que tarde? ¿Por qué no reservamos la esperanza y las fuerzas para objetivos más plausibles? De todas las preguntas que la casa me ha formulado en este tiempo esta última es, sin duda, la pregunta crucial.

2

Aquellos pocos meses terminaron siendo diez años en los que, a pesar de lo mucho que trabajamos para mejorar la casa, fuimos nosotros los que verdaderamente nos transformamos. De haber sido nuestra habría acabado siendo un reflejo de nuestras aspiraciones, necesidades y sueños. Pero la casa no era nuestra y, además, su forma era rígida y muy peculiar, por lo que fuimos nosotros los que tuvimos que adaptarnos a ella, haciéndonos flexibles y peculiares y abrazando, o intentándolo, la provisionalidad.



En esos diez años, entre amigos, conocidos, familiares y espontáneos, muchas personas pasaron por allí. Algunos se ahormaron a la casa y otros no. Lo intentaron pero la casa siempre parecía encontrar maneras de hacerles saber que aquel no era su lugar: un ratón que, en la noche, hurgaba bajo el fregadero y crispaba los nervios; el hecho de que el cuarto de baño estuviera encajado entre los dos dormitorios, ninguna de cuyas puertas cerraba bien; los niños del pueblo, que subían sin avisar ni pedir permiso a comerse las uvas que colgaban de la parra; o alguna vecina, que entraba sin llamar y te sorprendía en pijama; el frío húmedo de las noches de invierno que ni una tonelada de mantas aliviaba; la luz eléctrica que se cortaba; el pequeño termo de agua caliente que se vaciaba pronto y te sorprendía en mitad de la ducha con un viraje del placer al grito. No es que fueran las pruebas del héroe, precisamente, pero habían sido suficientes para espantar a algunos de los que pasaron por allí. El resto nos podríamos haber marchado también porque eran muchas las incomodidades, pero, por diversas razones, persistimos lo suficiente como para que esos detalles dejaran de importarnos.

A la casa llegamos por casualidad. En el invierno de 2010 Juanlu, hermano de Anaïs, mi mujer, navegaba a vela con su amigo Ignacio frente a la costa de Málaga. Hacían la ruta Estepona-Sevilla. Había mala mar ese día e Ignacio, propietario y patrón del barco, sugirió suspender la travesía, dejar el velero al abrigo del puerto de Sotogrande, alquilar un coche y llegar a Sevilla por carretera.



Les costó alcanzar la bocana y, para cuando por fin amarraron, era ya muy tarde, así que Ignacio le propuso a Juanlu pasar la noche en una casa que tenía en un pueblo próximo y que había comprado tiempo atrás, como inversión.

Ignacio era promotor inmobiliario y, junto con su hermano, había adquirido la casa y una parcela colindante de tres hectáreas. Su plan de negocio era doble: por un lado derribarían la casa para levantar en su lugar varios apartamentos turísticos y, por otro, en la parcela, construirían uno de esos hoteles de baja altura, edificios dispersos y grandes zonas ajardinadas. Era una idea arriesgada pero podía funcionar porque el terreno era amplio, tenía lejanas vistas al mar y colindaba con un frondoso parque natural donde los helechos y la bruma baja se fundían en los amaneceres de la primavera.

Al poco de hacerse con la casa y la parcela, iniciaron los trámites para obtener las licencias pertinentes al tiempo que buscaban financiación para el proyecto. Pero a seis mil kilómetros de allí, en Nueva York, se acababa de hundir el banco de otros hermanos, los Lehman, cuyo apellido por entonces casi nadie conocía. La sacudida que provocó aquel desplome fue tal que cruzó los océanos del planeta metiendo el miedo en los bolsillos de los cinco continentes y empobreciendo todavía más a los que ya eran pobres. Los proyectos de Ignacio y su hermano quedaron en suspenso.

Aquella jornada de mar brava, mientras hacían noche en la casa e Ignacio le contaba su frustrado plan hotelero, Juanlu



le propuso que le permitiera disponer del lugar mientras el proyecto estuviera detenido y, por tanto, la vivienda vacía. A Ignacio le pareció bien la idea porque sabía que, mientras la casa no fuera derribada, era más sencillo que se mantuviera en buenas condiciones estando habitada que vacía. El plan de Juanlu era ir hasta allí de cuando en cuando, montar en bicicleta por los alrededores, pasar fines de semana con amigos, perderse en aquella *terra incognita*. Sellaron su acuerdo brindando con vino de cocinar que se sirvieron en dos tazas de Arcopal que encontraron en el mueble de cocina de los años sesenta y se fueron a dormir.

Durante los siguientes meses, en las reuniones familiares, Juanlu no paraba de hablar de una vieja casa, cerca de la costa, a la que había empezado a ir. Nos contó lo de la travesía en barco, el brindis con Ignacio y los planes que este tenía para la propiedad. Hablaba con entusiasmo de humedad, ratones, malas hierbas, grietas y vecinos huraños. Solo nombró a una persona y por su apodo, un tal Usbarna. No parecía un sitio apetecible al que ir, así que no sé por qué decidimos acercarnos. Lo que sí que recuerdo es que era Semana Santa en Sevilla, donde vivimos. Una época muy intensa para la ciudad y para los que la habitamos. Puede que necesitáramos escapar de la muchedumbre y tomar aire o quizá sentimos que, dada la determinación empresarial de Ignacio, de verdad íbamos a tener pocas oportunidades de conocer ese lugar que ya había empezado a transformar sutilmente a Juanlu. Ninguno de nosotros tenía ni la más remota idea de lo que nos aguardaba.



66 Premio
Biblioteca
Breve



Seix Barral

www.seix-barral.es

facebook.com/seixbarral

twitter.com/seix_barral

instagram.com/seix_barral